



**67**

**Darío Mollá, sj.**

**LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA  
COMO AYUDA  
ANTE LA DIFICULTAD**



# LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA COMO AYUDA ANTE LA DIFICULTAD

Darío Mollá, sj

INTRODUCCIÓN .....	3
1. RECONOCER LA DIFICULTAD .....	5
2. «RESISTIR» EN LA DIFICULTAD .....	9
3. «VENCER» LA DIFICULTAD .....	15
4. LA DIFICULTAD COMO EXPERIENCIA DE «COMUNIÓN» .....	23
ANEXO .....	27
NOTAS .....	29

**Darío Mollá Llácer, sj.**, jesuita especialista en espiritualidad ignaciana. Ha publicado en la colección EIDES: *Encontrar a Dios en la vida* (nº 9), *Cristianos en la intemperie* (nº 47), *Acompañar la tentación* (nº 50), *Horizontes de vida (Vivir a la ignaciana)* (nº 54). Actualmente dirige la Fundación Ceimigra en Valencia.

Edita Cristianisme i Justícia, Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona

Tel. 93 317 23 38 - Fax: 93 317 10 94 - [info@fespinal.com](mailto:info@fespinal.com) - [www.cristianismeijusticia.net](http://www.cristianismeijusticia.net)

Imprime: Edicions Rondas S.L. - Depósito Legal: B-26.113-2012 - ISBN: 978-84-9730-296-8

ISSN: 2014-654X - ISSN (ed. virtual): 2014-6558 - Octubre 2012

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGACIJ, titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Solo se usan para la gestión del servicio que os ofrecemos, y para mantenerlo informado de nuestras actividades. Puede ejercitar sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a c/ Roger de Llúria 13, Barcelona.

# INTRODUCCIÓN

---

El 15 de noviembre de 2011 se cumplió el segundo centenario de la muerte de san José Pignatelli sj, nacido en Zaragoza en 1737 y fallecido en Roma en 1811. San José Pignatelli no es un santo más en el santoral de la Compañía de Jesús, sino que tiene una significación muy especial en la historia universal de esta congregación.

Fue jesuita en la época más crítica de la historia de la Compañía. Expulsada ésta de España en 1767 (con anterioridad lo había sido de Portugal y de Francia), el 1773 el Papa Clemente XIV la suprimió con carácter universal. Para la inmensa mayoría de jesuitas, entre ellos Pignatelli, comienza entonces una época de destierro, clandestinidad y dispersión. Sólo un pequeño resto sobrevive como tal Compañía de Jesús, en la Rusia de Catalina II. Hasta 1814 no se volvió a una situación de normalidad, cuando el Papa Pío VII restauró la Compañía con carácter universal.

Durante ese tiempo convulso san José Pignatelli permaneció como jesuita y fue una persona decisiva en el apoyo a

sus hermanos de orden y en la recomposición paulatina de la cogeración. Por ello, y aunque murió tres años antes de la bula de restauración de 1814 que no conoció, es considerado el hombre clave y el puente de unión entre la antigua Compañía y la restaurada.<sup>1</sup>

Con ocasión de esta efemérides, se organizaron en Zaragoza, su ciudad natal, a lo largo de un año, una serie de actos conmemorativos bajo el lema general *Consuelo, apoyo y ayuda en la dificultad*.

Este cuaderno de EIDES recoge las conferencias que, en el contexto de esta conmemoración, pronuncié en el Centro Pignatelli de Zaragoza los días 7 y 8 de noviembre de 2011 bajo el título «La es-

piritualidad ignaciana como ayuda en la dificultad».

Dichas conferencias no se centraron directamente en la figura histórica del santo aragonés, sino que intentaron aproximarse al secreto de su capacidad de resistencia y fortaleza espiritual, y a través de él, a lo que la espiritualidad ignaciana aporta y sugiere en las situaciones de dificultad. Lo que el lector de este cuaderno va a encontrar no son unas reflexiones biográficas o históricas, sino consideraciones sobre las aportaciones de la espiritualidad ignaciana para afrontar situaciones de dificultad.

«... la persona... no sólo se avece<sup>2</sup> a resistir al adversario, más aún a derrocallo.» [EE 13]

«En cada embarcación había altar donde se celebraba misa y comulgaban los que no eran sacerdotes, o siéndolo no podían celebrarla. Observábase en todo lo que era posible la distribución ordinaria de los colegios; con lo que cada buque se trans-

formó en una casa religiosa flotante.»<sup>3</sup>

El empeño de san José Pignatelli y de los jesuitas expulsados de España, a la deriva de puerto en puerto del Mediterráneo, por mantener la normalidad de su vida de jesuitas y de su formación en las condiciones más adversas, ilustra de modo muy fehaciente la actitud que Ignacio de Loyola pide en los Ejercicios al ejercitante: no sólo resistir a la dificultad, sino hacerle frente hasta vencerla. La segunda de nuestras citas anteriores es la aplicación práctica de la primera.

Fijándonos en estos jesuitas en situación de dificultad extrema, nos preguntamos cuál es el secreto de su fortaleza y de su perseverancia; y en la respuesta a esa pregunta nos vamos a encontrar con una experiencia espiritual que fortalece y ayuda a las personas frente a las adversidades de la vida. Éste va a ser el tema de nuestras reflexiones, esperamos que útiles para ayudarnos en nuestras dificultades presentes.

# 1. RECONOCER LA DIFICULTAD

---

La dificultad, las dificultades de todo tipo, tanto en los procesos más íntimos e interiores como en todas las circunstancias de nuestra vida cotidiana, están muy presentes en el horizonte de vida que contempla la espiritualidad ignaciana. El dato de la dificultad es un dato que la espiritualidad ignaciana no quiere ignorar ni ocultar, sino tener muy en cuenta desde sus planteamientos iniciales. La espiritualidad ignaciana pretende ser una espiritualidad para una vida en acción, en lucha, en dificultad.

Cabe aún añadir algo más: en el planteamiento de la espiritualidad ignaciana, la ausencia de dificultades cuestionaría la seriedad con que se vive la vida, la radicalidad con que se asumen los compromisos adquiridos. Vamos a citar algunos ejemplos de este modo de ver las cosas.

El primero pertenece al ámbito de la vida interior, de los procesos más “interiores” de la experiencia espiritual. Lo encontramos en las instrucciones que

Ignacio da al comienzo de los Ejercicios a la persona que va a acompañar a otro. Ignacio le dice que cuando vea que el ejercitante no tiene dificultades se pregunte y le pregunte si, de verdad, está haciendo con seriedad el proceso de los Ejercicios.<sup>4</sup> Porque el santo de Loyola entiende, desde su propia experiencia personal y desde el acompañamiento a otras personas, que entrar hondamente en un proceso personal como el que

plantea la experiencia de Ejercicios no se puede hacer sin experimentar contradicciones, resistencias y dificultades.

Un segundo ejemplo tiene que ver con la vida “exterior”. Está referido a una situación en la que los padres y hermanos jesuitas del colegio de Padua están pasando por graves dificultades a causa de su falta de medios y de su pobreza personal y comunitaria.<sup>5</sup> En tal situación, reciben una carta escrita por el secretario de san Ignacio, el P. Polanco, en la que se dice, entre otras cosas:

«Sólo esto diré: que aquellos que aman la pobreza, deben amar el séquito de ella en cuanto de ellos dependa, como el comer, vestir, dormir mal y el ser despreciado. Si, por el contrario, alguno amara la pobreza, más no quisiera sentir penuria alguna, ni séquito de ella, sería un pobre demasiado delicado y sin duda mostraría amor más al título que la posesión de ella, o amarla más de palabra que de corazón.»<sup>6</sup>

No hay pobreza sin efectos, sin “séquito”, sin dificultades. No se puede aspirar a ser “pobres delicados”. Los compromisos en el seguimiento de Jesús conllevan dificultades, no sólo “interiores”, sino exteriores. Y parece ser que cuanto más estrecho y cercano es ese seguimiento de Jesús de más calado serán las dificultades.

### **1.1. No se puede ser fieles sin dificultad**

Haciendo ahora un salto de cuatrocientos años, nos situamos en épocas más cercanas a nosotros. Tanto los decretos

de las diversas Congregaciones Generales de la Compañía de Jesús, desde la Congregación 32<sup>a</sup> a la 35<sup>a</sup>, como las reflexiones de los padres generales Arrupe y Kolvenbach han recordado una y otra vez que no se puede ser fieles a la opción por una fe que obra la justicia (opción que caracteriza hoy la misión de la Compañía) sin dificultades, sin «pagar un precio», a veces tan oneroso y doloroso como el de la vida de muchas personas.

Podría citar muchos textos, pero me limito a citar uno de ellos que considero muy significativo, tanto por su autor, como por la ocasión y contexto en el que fue pronunciado. En su conferencia en Bilbao con ocasión del centenario del nacimiento del P. Arrupe, su sucesor el P. Peter Hans Kolvenbach decía lo siguiente:

«Si deseamos trabajar por la justicia de una forma seria y hasta las últimas consecuencias, la cruz aparecerá de forma inmediata en nuestro horizonte. Aún cuando actuemos con prudencia, veremos levantarse contra nosotros a aquellos que en la sociedad industrial de hoy practican la injusticia, a aquellos que por otra parte son considerados como excelentes cristianos y que quizá hayan podido ser nuestros bienhechores, nuestros amigos e incluso miembros de nuestras familias; nos acusarán de marxismo y de subversión. Nos apartarán su amistad y con ello retirarán su antigua confianza y su apoyo económico. ¿Estamos dispuestos a asumir esa responsabilidad de entrar en el camino de una cruz más pesada, a llevar las incomprendiones



de las autoridades civiles y eclesiásticas y de nuestros mejores amigos? ¿Estamos nosotros mismos dispuestos a ofrecer un verdadero testimonio en nuestra vida, en nuestros trabajos, en nuestro estilo de vida?»<sup>7</sup>

## 1.2. Dificultades que asumimos voluntariamente

La entrega de la vida de las personas como precio a pagar por la defensa de la justicia nos introduce en una dimensión nueva de la dificultad. Ya no se trata sólo de las dificultades “que vienen”, de aquellas que trae la vida, sino que hay también otras dificultades: las que asumimos “voluntariamente”<sup>8</sup> en razón de nuestro seguimiento de Jesús y de nuestra entrega a los demás. En esa entrega de la vida por amor, la cruz es el horizonte de la vida cristiana. Una cruz que, por la voluntad salvadora de Dios, va a ser desbordada por la resurrección, pero que nunca pierde toda su carga de padecimiento físico y moral. La persona del Resucitado lleva impresas para siempre en su cuerpo las llagas de la cruz (Juan 20,24-29).

Ese horizonte de cruz y de dificultad asumida por amor a la humanidad es el que Ignacio hace contemplar al ejercitante como horizonte mismo de la vida de Jesús ya desde el momento de su nacimiento en Belén:

«... para que el señor sea nacido en suma pobreza y, a cabo de tantos trabajos de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas, para morir en cruz...» [EE 116]

Por eso, cuando en el texto de los Ejercicios Jesús llama al seguimiento llama también a compartir sus penalidades y dificultades:

«... quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo para que siguiéndome en la pena también me siga en la gloria.» [EE 95]

## 1.3. Experiencia vital

Para san Ignacio nada de esto es pura teoría sino experiencia vital. En su Autobiografía, casi al final, cuenta que en el momento en el que va a entrar en Roma para quedarse en ella definitivamente les hizo una confidencia sorprendente a sus compañeros:

«Después, viniendo a Roma, dijo a los compañeros que veía las ventanas cerradas, queriendo decir que habían de tener allí muchas contradicciones.»<sup>9</sup>

Dos detalles ilustran, sitúan y dan valor a esta confidencia ignaciana. En la Autobiografía esta confesión figura justo a continuación de la experiencia mística de Ignacio a la entrada de Roma, la experiencia conocida como «visión de La Storta». Es ésta una experiencia de identificación con Cristo Crucificado: «que Dios Padre lo ponía con su Hijo»<sup>10</sup>. Y, en segundo lugar, es significativo que esas dificultades y contradicciones que Ignacio prevé que van a sufrir acecerán no en un lugar externo o previsiblemente hostil, como podría ser Constantinopla o las Indias<sup>11</sup>, sino en un lugar que, de entrada, parecería el más idóneo y tranquilo: Roma, el corazón mismo de la Cristiandad.

Por experiencia personal, por experiencia de acompañamiento de otras personas y por profundización en el Evangelio, Ignacio toma muy en cuenta la dificultad como interrogante y desafío para su propuesta de espirituali-

dad. Por las mismas razones, quienes planteamos la vida desde las claves que nos da la espiritualidad ignaciana también hemos de contar con ellas y preguntarnos cómo situarnos y cómo afrontarlas.

## 2. «RESISTIR» EN LA DIFICULTAD

---

Constatada la presencia de todas estas dificultades, de tan diversos orígenes y características, ¿cuál es la actitud básica y primera que propone la espiritualidad ignaciana ante ellas? «Resistir» [EE 13]. ¿Qué contenido le podemos dar a esa expresión, a esa actitud, en el contexto en el que estamos hablando?

Para un acercamiento a este concepto ignaciano, propondremos, en primer lugar, posturas que pensamos quedan excluidas por ese “resistir”, y, en un segundo momento, elementos que lo configuran.

De entrada, creemos poder afirmar que para la espiritualidad ignaciana no tienen cabida posturas ante la dificultad como el conformismo, el fatalismo o el derrotismo. No tiene cabida el declararnos vencidos sin pelear, o el renunciar a la pelea que es necesario afrontar ante las dificultades que puedan presentarse.

¡Cuánto tiene que ver este planteamiento del “resistir” con el genio o carácter personal del Ignacio soldado! En

Pamplona «estando en una fortaleza que los franceses cometían, y siendo todos de parecer que se diesen, salvas las vidas, por ver claramente que no se podían defender, él dio tantas razones al alcalde, que todavía lo persuadió a defenderse, aunque contra parecer de todos los caballeros...»<sup>12</sup>. Y esto, confiesa el mismo Ignacio, lo hizo por «su grande y vano deseo de ganar honra». Por este mismo orgullo personal se someterá, ya en Loyola, a una cruel operación en la pierna para salvar su imagen física. Pues, seguramente, el «resistir» ignaciano tiene bastante que ver con la personalidad de Ignacio, porque ésta queda, aún cuando se purifica la intención.

¿Es esta actitud simplemente voluntarismo puro y duro? Prefiero dejar la respuesta a esta pregunta para más adelante, porque no quiero darla sin explicarla o justificarla. Pero, en cualquier caso, es evidente que no entra dentro del planteamiento de la espiritualidad ignaciana el rendirse sin más ante la dificultad.

A continuación haré mención de algunas formas de situarse ante la dificultad que pienso que tampoco se compaginan con la espiritualidad ignaciana y que están bastante presentes en nuestro tiempo; no son de ahora, nuevas, sino de larga tradición en la historia humana, pero con bastante actualidad:

– El victimismo como modo de no afrontar la dificultad, o, quizá más exactamente, de justificar nuestra resignación, nuestra pasividad o nuestra falta de recursos ante la dificultad. Victimismo que adopta cantidad de variantes: desde el adolescente «todos están contra mí» o «nadie me entiende», pasando por aquello de las conspiraciones, las confabulaciones, la culpa siempre es de los demás..., o por la variante política de la «herencia recibida».

– El miedo, que es una pésima manera de afrontar la dificultad. De entrada, porque el miedo agiganta la dificultad o la sensación de dificultad y añade a la misma componentes que no están en la realidad, sino sólo en la mente o en el espíritu del temeroso; y también porque el miedo inmoviliza, paraliza y bloquea los recursos que la persona tiene para afrontar sus dificultades. El

miedo nos va reduciendo a la impotencia ante las dificultades, minimizando o ignorando las posibilidades de la persona o de la institución.<sup>13</sup>

– La ensoñación de que se puede vivir sin dificultades, o la de que porque somos buenos o a cambio de serlo el Señor nos libará de las dificultades. Una ensoñación muy presente en la vida humana (desde el libro de Job hasta su versión moderna en la controvertida película de Terrence Malik, *El árbol de la vida*). Ensoñación que, quizá de formas menos dramáticas, compartimos en el fondo muchos de nosotros.

Pues no; habrá dificultades. Y lo importante es situarse en ellas de modo adecuado. Y el modo adecuado ignaciano es ese «resistir» en la dificultad. ¿Cuáles son sus componentes? ¿A qué somos invitados por ese «resistir» que nos propone la espiritualidad ignaciana cuando vivimos en dificultad?

## **2.1. Atender el cuidado de nuestra interioridad**

Somos invitados a poner más atención en el cuidado de nuestra interioridad, para poner en juego, de verdad, todas las posibilidades interiores de nuestra persona, especialmente aquellas que están ocultas, aquellas que parece que no están, pero que, muchas veces de modo sorprendente, afloran en los momentos difíciles. Unas fuerzas de reserva que tantas veces desconocemos o minusvaloramos.<sup>14</sup>

Pero, evidentemente, no se trata de estar atentos a la interioridad sólo en el

momento puntual de la dificultad, sino que hay una llamada al cultivo constante de nuestra experiencia interior, cultivo que la fortalece y que posibilita que de dicha experiencia obtengamos la fortaleza necesaria en el momento de la dificultad. El impacto de una misma dificultad sobre la persona es muy diverso según lo fuerte que esté interiormente esa persona: si la dificultad nos viene cuando estamos débiles, su impacto será mucho mayor que si nos acaece cuando estamos más fuertes. La dificultad, cuando estamos fuertes, produce arañazos, pero cuando nos encuentra débiles puede dejar heridas profundas, y no es lo mismo una herida profunda que un arañazo.

La capacidad de pronta respuesta a la dificultad es importante. Es decisivo no dejarla crecer, el afrontarla antes de que tome demasiado cuerpo o fuerza. Y en esa agilidad de respuesta ante la dificultad, importante para que ella no gane demasiado terreno en poco tiempo, tendrá mucho que ver lo despiertos y activos interiormente que nos encontremos. Si no lo estamos, cuando nos demos cuenta, puede ser ya demasiado tarde.

## **2.2. Revisar nuestros modos de estar y situarnos en la vida**

Con ocasión de la dificultad somos invitados también a revisar y preguntarnos lo adecuados o inadecuados que son nuestros modos de estar y situarnos en la vida, nuestras dinámicas de vida. Porque hay dificultades que tienen que ver con ello: con los modos y las dinámicas con las que vivimos y con las actitudes con las que afrontamos la vida.

Voy a exponer dos ejemplos concretos:<sup>15</sup>

– Hay dificultades que tienen mucho que ver en origen o son potenciadas por un ritmo de vida inadecuado y desequilibrado, que es aquel que sobredimensiona unas dimensiones de la vida en perjuicio de otras que también necesitan cuidado y atención. El desequilibrio en el ritmo de vida suele repercutir en forma de cansancios, desánimos, conflictos con las personas que me rodean, pérdida de ilusión y de calidad en aquello que se hace.

– Hay dificultades que tienen que ver con las actitudes con las que nos situamos en la vida. Actitudes como el autocentramiento, la dependencia de la propia imagen o de la opinión ajena, la desmesura de las expectativas, la desproporción de los fines, la falta de serenidad en la vivencia del éxito y/o del fracaso... nos suelen abocar a decepciones, negatividades y agresividades.

Son sólo ejemplos. La llamada de fondo es ésta: el momento de la dificultad es también momento del autoexamen, porque entre las dificultades de la vida hay muchas que nos provocamos nosotros mismos o que, viniendo de fuera, nuestro ritmo de vida inadecuado o nuestras actitudes incorrectas potencian. Las más de las veces las dificultades externas son minimizadas o maximizadas según las actitudes con las que vivimos y con las que las afrontamos. Aquella misma dificultad que cuando estoy bien me parece abordable o asumible, cuando estoy mal me parece un obstáculo insalvable.

### **2.3. Poner en juego nuestra capacidad de perseverancia**

En clave de espiritualidad ignaciana el momento de la dificultad es también el momento de poner en juego nuestra capacidad de perseverancia. Una perseverancia que se asienta en la confianza, en una honda confianza, que Ignacio expresa de un modo precioso en los Ejercicios: «el auxilio divino, el cual siempre le queda, aunque claramente no lo sienta» [EE 320].

La confianza es para los momentos de dificultad. En los momentos en los que todo va bien lo que se da no es confianza sino evidencia. Y en los momentos en que las cosas van mal, ¿en qué podemos apoyar esa confianza necesaria para perseverar? En la memoria. Una memoria agradecida de lo que el Señor ha hecho con nosotros. Podemos perseverar cuando no olvidamos, cuando tenemos una “consciencia” viva de lo perseverante del amor de Dios con cada uno de nosotros.

Pero no nos engañemos: los humanos perdemos memoria. Perdemos memoria muchas veces de un modo sorprendente y veloz, y en la dificultad esa pérdida de memoria es aún más acusada. La tormenta de hoy hace olvidar en seguida los días estupendos que la precedieron. Es un tema que en la Biblia es recurrente: continuamente el Señor le está diciendo a su pueblo que ha olvidado, que olvida. Y nosotros no estamos hechos de pasta distinta a la de aquel pueblo que con tanta frecuencia olvidaba «las acciones del Señor».

Si eso es así, si, como la experiencia nos demuestra, somos tan propensos al

olvido, hay que cuidar la memoria, hay que trabajarla y alimentarla. La memoria se mantiene más viva cuando las vivencias y experiencias se interiorizan, se asimilan, dejamos que impacten el corazón... Y cuando no lo hacemos, la vida se nos va de las manos, se nos escapa sin disfrutarla y sin aprender de ella. La espiritualidad ignaciana nos invita a ser personas de memoria, y de memoria agradecida, porque ello nos hará capaces de confiar, de esperar y de resistir en la dificultad. Ese trabajo de la memoria es siempre el primer punto en el examen, en el “examen de consciencia” cotidiano que es el “mínimo ineludible” de una experiencia espiritual.<sup>16</sup>

### **2.4. Momento para el autoconocimiento**

El momento de la dificultad es también momento para el autoconocimiento. Un autoconocimiento que nos hace caer en la cuenta de que somos lo que realmente somos: ni lo mucho que nos gustaría ser o podríamos haber sido, ni lo poco que creemos ser cuando nos sentimos mal. Y con ese autoconocimiento, ajustado en lo positivo y en lo negativo, se nos pide y se nos abre el camino a la aceptación lúcida, equilibrada y serena de lo que somos.

¿Qué es lo que posibilita esa tal aceptación de lo que somos, que tantas veces está por debajo de nuestros deseos, nuestras expectativas o de lo que los demás piensan que somos, o tan alejado de nuestras negatividades, que se disparan cuando las cosas nos salen mal?

Vamos a expresarlo, de entrada, con las palabras de san Ignacio cuando en las reglas de discernimiento espiritual de los Ejercicios habla de las posibles causas de la “desolación”. Una de ellas es:

«... por darnos vera noticia y conocimiento para que internamente sintamos que no es de nosotros traer o tener devoción crecida, amor intenso, lágrimas ni otra alguna consolación espiritual, más que todo es don y gracia de Dios nuestro Señor, y porque en cosa ajena no pongamos nido, alzando nuestro entendimiento en alguna soberbia o gloria vana, atribuyendo a nosotros la devoción o las otras partes de la espiritual consolación.» [EE 322]

Lo que posibilita esa autoaceptación serena, también en el momento de la dificultad, es “poner nido”, “anidarnos”, en el cariño de Dios por nosotros. De modo que cuando no nos veamos capaces de volar, no nos hundamos ni nos hagamos daño de cualquier manera, sino que seamos capaces de descansar en ese nido del amor de Dios, que siempre es acogida y cariño. Y de modo, también, que cuando nos sintamos capaces de volar, no olvidemos en qué nido hemos recibido el cariño, el alimento y la fuerza que nos impulsa. Un nido al que, un día u otro, más pronto o más tarde, necesitaremos volver para ser alimentados de nuevo por el don y la gracia de Dios.

El cariño de Dios acoge nuestras debilidades y limitaciones, ésas que las dificultades ponen en primer plano, y el cariño de Dios nos llama también a que hagamos de la dificultad un momento de madurez e incluso de gratitud.

## 2.5. Momentos que nos abren a las preguntas

En clave ignaciana me atrevo a señalar otra virtualidad de los momentos de dificultad. Muy presente, por ejemplo, en la Autobiografía de san Ignacio. Los momentos de dificultad son momentos que nos abren a las preguntas, y las preguntas nos abren, cuando sabemos acogerlas y convivir con ellas, a la profundización y a la transformación.

«Después que el dicho peregrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Jerusalén, siempre vino consigo pensando qué haría...»<sup>17</sup>

Todo el proceso espiritual de Ignacio está jalonado de dificultades que abren a preguntas y a cambios y a transformaciones que nacen de esas preguntas y que serán decisivos. Cuando no le dejan quedarse en Jerusalén y con ello le quiebran todo un proyecto de vida, surge la pregunta por el qué hacer y de esa pregunta ¡nacen tantas cosas!: los estudios de Ignacio, el conocimiento de los compañeros en París (adonde va por las dificultades que encuentra en Salamanca), la configuración de un ideal de vida... Cuando, ya con los compañeros de París, no puede viajar a Jerusalén se abren a otra pregunta: ¿qué hacer? ¿en qué emplear la vida?: y de ahí nace el ponerse a disposición del Papa. Cuando sienten la dificultad que esa disponibilidad les plantea, la dificultad de tener que separarse unos de otros y dispersarse, nace una nueva pregunta: ¿mantenemos algún tipo de unión o no?: y de la respuesta a esa pregunta nacerá la Compañía de Jesús.

Es muy bueno hacernos preguntas y las dificultades son muchas veces las que nos ayudan o nos obligan a preguntarnos más allá de las inercias y de los conformismos. Preguntas obligadas, preguntas necesarias, preguntas difíciles o duras: sin embargo, y con todo, divinas preguntas. El evangelio está lleno de preguntas que Jesús hace y muchas de esas preguntas lo que pretenden es que quien las recibe tome conciencia de sí mismo, de sus necesidades, de sus deseos, de sus proyectos de vida.

La vida y las dificultades de la vida nos plantean muchas preguntas que nos hacen tanto más bien cuanto menos prisa tenemos en contestarlas. La tentación que nos asalta muchas veces es dar respuestas precipitadas, superficiales... Nos cuesta sostener las preguntas, vivir con ellas. Hay que aprender a aceptar la pregunta y convivir con ella todo el tiempo que sea necesario, hasta que sintamos que la respuesta nace del corazón y lo pacífica... O incluso aunque no lleguemos a encontrar la respuesta nunca...

En su encíclica «Dios es Amor», y al hacer referencia a las preguntas e interrogantes que se les suscitan a las personas en razón de sus compromisos y cercanía con aquellos que sufren, Benedicto XVI habla de permanecer

con las preguntas en diálogo orante ante Dios:

«Permanecer con esta pregunta ante su rostro en diálogo orante: ¿Hasta cuándo, Señor, vas a estar sin hacer justicia tú que eres santo y veraz?» (cf. Ap. 6,10)

«Permanecen firmes en la certeza de que Dios es padre y nos ama, aunque su silencio siga siendo incomprensible para nosotros.»<sup>18</sup>

Quizá hay momentos de dificultad en los que sólo eso nos es posible. Pero ese permanecer, esa misma capacidad de sostener la pregunta, de hacer de ella oración, es ya el don de Dios en la dificultad.

Todo esto que acabamos de decir en este apartado del “resistir” no son sino aplicaciones de las recomendaciones que hace san Ignacio en los Ejercicios para el tiempo de la desolación, y más concretamente de las reglas 5ª y 6ª de Primera Semana [EE 318 y 319]:

«Estar firme y constante en los propósitos.»

«Instar más en la oración, meditación, en mucho examinar y en alargarnos en algún modo conveniente de hacer penitencia.»



### 3. «VENCER» LA DIFICULTAD

---

«Resistir» a la dificultad es un primer movimiento, pero no el último ni el mejor que propone la espiritualidad ignaciana. El número 13 de los Ejercicios, con el que hemos comenzado esta reflexión, nos habla de un “más aún” que el resistir: “derrocallo”, “vencerle”. Se trata no sólo de resistir a la dificultad, sino de vencerla, de hacer de ella un momento de progreso y avance, de maduración personal y de maduración de nuestra experiencia de Dios.

Esa victoria necesita preparación, trabajo, entrenamiento, estrategia, lucidez... ¿Cómo podemos adquirir todo eso? ¿Cómo lo adquirió san José Pignatelli y tantos otros compañeros anónimos con él? No olvidemos que el joven José Pignatelli entra en la Compañía de Jesús con sólo quince años y cuatro meses. ¿Dónde y cómo adquiere ese adolescente, de familia noble, nacido en un contexto en el que contaba con todas las facilidades, la capacidad de vencer

la dificultad? De la mano de estas preguntas vamos a introducirnos ahora en una de las mejores aportaciones de Ignacio a la historia de la espiritualidad cristiana: su pedagogía espiritual, su proyecto de formación de la persona espiritual que quiere empeñarse en el seguimiento de Jesús en el contexto de una vida activa y comprometida.

Si tengo que escoger una palabra para definir el gran objetivo y el horizonte del proyecto formativo ignaciano

no, esa palabra es, sin duda, «integración». San Ignacio pretende que en una persona se integren armónicamente e interactúen todas las dimensiones de la persona humana y pretende, además, una experiencia espiritual que integre y afronte todos los desafíos que plantea la complejidad de nuestra vida.

Propongo seguidamente un texto que sintetiza en pocas y hondas palabras ese gran objetivo de la formación espiritual ignaciana: es el n° 288 de las Constituciones de la Compañía de Jesús:

«Sean exhortados a menudo a buscar en todas cosas Dios nuestro Señor, apartando, quanto es posible, de sí el amor de todas las criaturas, por ponerle en el Criador dellas, a Él en todas amando y a todas en Él, conforme a la su santísima y divina voluntad.»

«A Él en todas y a todas en Él»: palabras que resumen la integración plena de vida humana y experiencia de Dios. Y en ese «todas» se incluyen también, por supuesto, la dificultad, las contradicciones, los problemas de la vida... Se trata de amar a Dios en ellas, y de amarlas a ellas en Dios. Éste sí que es el «vencer» rotundamente al enemigo, mucho más allá del resistirle.

No es nada fácil alcanzar esa integración y esa victoria. Porque una cosa, y bien costosa a veces, es no dejarnos vencer por la dificultad y otra vencerla. Con frecuencia constatamos cómo las dificultades, del tipo que sean, nos desaniman y nos desmoralizan. Es un trabajo de toda la vida el fortalecernos y el entrenarnos para ser capaces de victoria. ¿Cómo podemos hacerlo? ¿Qué

estrategias nos propone el proyecto ignaciano para crecer en la capacidad de vencer a la dificultad, de integrarla en nuestra experiencia espiritual?

Voy a destacar dos aspectos esenciales del proyecto formativo de Ignacio que nos pueden ayudar a reflexionar y nos pueden aportar sugerencias interesantes.

### **3.1. La experiencia interior sometida a la prueba de la vida**

Una experiencia interior que no se confronta con la vida, que no se expone a la intemperie de la vida, ve limitado su crecimiento y maduración y acaba siendo algo inservible frente a las dificultades de la vida y, lo que es peor, puede llevar al engaño. El contraste con la vida es necesario para hacer fuerte y verdadera una experiencia interior. Desde esa convicción, Ignacio plantea su pedagogía espiritual. Veamos ahora uno de los ejemplos más claros de la puesta en práctica de esta convicción.

El período más largo e intenso de la formación de la experiencia interior del jesuita es el Noviciado. De alguna manera, el proyecto formativo del Noviciado es un paradigma del modo ignaciano de iniciar y ayudar a madurar la experiencia espiritual. Son dos años de acción intensiva que han de establecer unas bases de consistencia espiritual duraderas.

En dicho período, y para formar lo mejor posible la experiencia espiritual de la persona, san Ignacio propone «seis experiencias principales» de cuya buena articulación e integración dependen el éxito del proyecto formativo.<sup>19</sup>

### 3.1.1. *Hacer Ejercicios Espirituales*

«La primera es haciendo Ejercicios Espirituales por un mes.»

El mes completo de Ejercicios es una experiencia intensa de encuentro personal con el Señor. Esta experiencia es para san Ignacio la primera. La primera, sí, pero no la única. Si sólo fuera esta experiencia la que se diera en el proceso de iniciación a la vida espiritual y de seguimiento del Señor, el proceso quedaría incompleto, cuando no desvirtuado. El solo trabajo de la vida interior, por decisivo que sea, que lo es, no bastaría. Y no bastaría porque no es probado, contrastado por y con la vida. Nos quedaríamos sin saber si esa experiencia es capaz de ayudar en las dificultades reales de la vida o es capaz de sostenerse y resistir en ellas. Por ello, san Ignacio completa esta experiencia del Mes de Ejercicios, primera y fundamental, con otras cinco.

### 3.1.2. *Servir en hospitales*

«Sirviendo en hospitales, o en alguno de ellos por otro mes, comiendo y durmiendo en él o en ellos... ayudando y sirviendo a todos, enfermos y sanos, según que les fuere ordenado.»

Los hospitales del tiempo de san Ignacio no eran ni en concepto ni en condiciones mínimamente semejantes a los nuestros. No eran hospitales entendidos como centros sanitarios, sino más bien albergues de transeúntes, por donde pasaban todas las miserias humanas, y no sólo las físicas. Y sus condiciones de salubridad, de higiene, de alimentación... las podemos fácilmente imaginar.

Ir a hospitales era ir al encuentro de las personas más doloridas y excluidas en aquella sociedad. Ignacio pide que, hecho el mes de Ejercicios, se vaya al encuentro de esas personas y se permanezca, al menos, «por otro mes»: por el mismo tiempo que se han hecho Ejercicios. Con dos matices que me parecen significativos: «comiendo o durmiendo en ellos»: compartiendo sus condiciones de vida, no yendo simplemente de visita esporádica. Y «servir a todos, enfermos y sanos, según que les fuere ordenado»: porque a veces servir a los sanos, y obedecer sus órdenes, es mayor prueba que servir a los enfermos, porque está desprovisto de aureolas de heroísmo o contentamientos interiores.

Ignacio plantea que la experiencia espiritual se contraste con las miserias de la vida y experimente y valore si ante ellas se siente movida a servir en un servicio que va a pedir abnegación. Estamos verificando, constatando la verdad y la hondura de esa experiencia.

### 3.1.3. *Peregrinar sin dinero*

«Peregrinando por otro mes sin dineros, antes a sus tiempos pidiendo por las puertas por amor de Dios nuestro Señor, porque se pueda avezar a mal comer y mal dormir.»

En este caso, la propuesta ignaciana es que la experiencia espiritual camine por los caminos de la intemperie, de la vida a la intemperie, y que pruebe su fortaleza cuando las condiciones exteriores no son favorables a la misma. Como diría Ignacio en otro momento, fuera de un «monasterio bien ordenado

y concertado». Sí: en el desorden y el desconcierto.

La experiencia espiritual sometida a la intemperie y las intemperies diversas a las que somos sometidos en la vida: la intemperie de la soledad, de la falta de seguridades, de la incomodidad, del desprecio, del rechazo: de todo eso que se encuentra uno cuando peregrina sin medios y sin apoyos.

Llama la atención la insistencia ignaciana, en varios textos, en el «mal comer y mal dormir». El comer y el dormir como renunciadas básicas en la vida, signo de unas condiciones de vida duras. Y hemos de verificar y madurar nuestra experiencia espiritual para que sea capaz de encontrarse con Dios en el hambre, en el sueño, en la escasez.

### 3.1.4. *Ejercitar oficios humildes*

«Después de entrado en casa, ejercitándose con entera diligencia y cuidado en diversos oficios bajos y humildes.»

Quizá, en un primer momento, esta “prueba” ignaciana nos puede parecer la más extemporánea, la más alejada de nuestra sensibilidad o inútil para nuestro tiempo. Pero reflexionemos un poco sobre ella y su intuición fundamental.

Imaginemos por un momento a alguien perteneciente a la alta nobleza del siglo XVIII como el novicio José Pignatelli haciendo aquellos trabajos y oficios que nunca jamás hubiera hecho en su casa porque eran los propios de sus criados. Y haciéndolos no por necesidad material, sino en virtud de una experiencia espiritual que nos invita a resituarnos desde criterios que no tie-

nen que ver con nuestros privilegios de nacimiento, de clase y de cultura.

Lo que se trata en suma es de constatar dónde nos sitúa nuestra experiencia espiritual en la vida cotidiana: en nuestra vida familiar, laboral, comunitaria y social. Y se trata también de preguntarnos si nuestra experiencia espiritual actúa y transforma nuestras costumbres cotidianas. De someter nuestra experiencia espiritual a la dura y definitiva prueba de la cotidianidad.<sup>20</sup>

### 3.1.5. *Enseñar los elementos de la fe*

«La doctrina cristiana o una parte de ella a muchachos y a otras personas rudas en público mostrando.»

El contenido exterior de esta prueba es el enseñar o predicar los elementos de la fe ante auditorios poco preparados o difíciles, sea por su corta edad o por su falta de cultura.

San Ignacio hace pasar por la prueba de expresar la propia experiencia espiritual no con grandes palabras a un público que, embelesado, nos escucha y luego nos aplaude sino con el sacrificio y la pena de buscar palabras muy pobres para un auditorio que escucha con dificultad y, que muchas veces, no entiende cuando escucha y del que no se pueden esperar aplausos o felicitaciones, sino indiferencia cuando no rechazo o fracaso.

La experiencia espiritual sometida, en definitiva, a dos pruebas muy difíciles, pero muy necesarias y constantes en la vida: la prueba de la inutilidad y la prueba del fracaso. Cuando sientes que poniendo en juego algo que para ti es

muy decisivo e importante, eso no suscita ni provoca nada en el otro o se pierde en la incomprensión y el rechazo. Es el «todo a cambio de nada» necesario cuando nos arriesgamos o atrevemos a compartir nuestra experiencia espiritual con los no convencidos o “selectos”. Una experiencia básica para quien quiere ser apóstol o testigo en una sociedad como la nuestra.

### 3.1.6. *Siendo probado y edificativo*

«Siendo probado y edificativo procederá adelante predicando, o confesando.»

Sólo después que la experiencia espiritual ha pasado de manera suficiente por todas estas pruebas («siendo probado y edificativo»), «se procederá adelante» a compartirla y a ayudar a otros en los ministerios propiamente sacerdotales. La propuesta formativa ignaciana prepara para el ejercicio del ministerio sacerdotal como ayuda a los demás, no sólo una formación teórica, sino una experiencia espiritual que ha pasado por el contraste, el variado y plural contraste, con las dificultades de la vida.

En ese camino de contraste la experiencia espiritual se purifica y verifica y el sujeto va creciendo como persona capaz de afrontar, desde una experiencia espiritual honda, las diversas dificultades de la vida.

Este permanente contraste entre experiencia espiritual y vida como elemento de una pedagogía que nos fortalece ante la dificultad san Ignacio lo propone no sólo a los que comienzan su itinerario espiritual, sino a personas muy probadas, avanzadas e ilustres.

Veamos las instrucciones que da a los jesuitas que envía al Concilio de Trento:

«Enseñando muchachos por algún tiempo cómodo, según el aparejo y disposición de todas partes, mostrando los primeros rudimentos; y según los auditores, más o menos declarando.»

«Visitando los hospitales en alguna hora o horas del día más convenientes a la salud corporal, confesando y consolando a los pobres, y aún llevándoles alguna cosa.»<sup>21</sup>

¿Cuál es el objetivo último de todo este proceso? ¿Qué es lo que Ignacio pretende al incluir estas “pruebas” en su pedagogía espiritual? Pretende que la experiencia espiritual gane en autenticidad y en verdad y para él esa autenticidad y verdad de la experiencia espiritual se demuestran y/o manifiestan en la abnegación, en el desprendernos de nosotros mismos.

Si no permitimos que nuestra experiencia espiritual sea confrontada y medida por las miserias de la vida, la intemperie, la opacidad de lo cotidiano, la exposición al fracaso... existe el peligro de la más radical perversión de una experiencia espiritual: el orgullo, la soberbia, el desprecio de los demás, el engaño de pensar que somos nosotros quienes tenemos el mérito o la fuerza. Y si llegamos a eso es entonces cuando ya somos definitivamente débiles ante la dificultad.

Más allá de las formas concretas, más allá de que éstas estén pensadas para los jóvenes jesuitas en formación,

hay en esta pedagogía una intuición muy universal y muy actual. Una experiencia espiritual no madura si no se somete y se confronta con tales pruebas, con las pruebas de la vida.<sup>22</sup>

Y todo ello nos está llevando a algo que quiero subrayar con especial fuerza. Cuando más llenos de nosotros mismos estamos, cuando más engordados de nosotros mismos, más fuerza tiene la dificultad sobre nosotros y menos ágiles estamos para darle respuesta. Cuando más abnegados, cuando más desprendidos de nosotros mismos somos y vivimos, menos nos va a impactar la dificultad y mucho más ágiles y fuertes seremos para vencerla.

No sale más victorioso de su lucha contra la dificultad el aparentemente más “fuerte”, sino el más abnegado, el más desprendido de sí. O, si preferimos formularlo de otro modo: el más fuerte en situación de dificultad es el más vacío de sí mismo. Y esto no es teoría, sino que la vida nos lo está confirmando día tras día: comprobamos una y otra vez cómo los que lo han tenido todo o han disfrutado de todo son los más débiles ante las dificultades y los desafíos de la vida.

### **3.2. El permanente discernimiento**

Para vencer la dificultad no sólo hay que ser fuertes, sino lúcidos. Tanto más peligrosa es una dificultad cuando en una mirada superficial nos parece fácilmente superable, y, sin embargo, ya metidos en ella, vamos descubriendo que no lo es tanto. Más difícil se hace vencer la dificultad cuando nuestro orgullo la ha minusvalorado o nos ha

hecho medir mal nuestras fuerzas frente a ella. Es particularmente peligrosa aquella dificultad tan bien escondida o disimulada que no nos damos cuenta de ella hasta que se nos ha echado encima. Es necesaria, pues, la lucidez para percibir a tiempo la verdadera naturaleza y fuerza de la dificultad, para calibrar nuestras fuerzas con realismo y para saber escoger entre aquellas armas que están a nuestra disposición, las más adecuadas en cada caso.

El camino ignaciano hacia la lucidez sobre nosotros mismos y sobre lo que nos rodea es el camino del discernimiento. El discernimiento entendido como talante de vida y hábito y no sólo como ejercicio puntual a realizar en determinados momentos de la vida o sólo ante la toma de determinadas decisiones. La propuesta ignaciana es vivir la vida toda en clave de discernimiento, con talante de discernimiento. Y en la medida en que así lo hacemos somos mucho más fuertes ante las dificultades.

¿Qué elementos y actitudes caracterizan, configuran ese talante de discernimiento como manera de situarnos en la vida? Enunciamos algunos:

a) En primer lugar, una actitud de reconocimiento («conocimiento interno») y acogida agradecida de todo aquello que vamos recibiendo en la vida, y que tantas veces nos pasa desapercibido. Lo que recibimos de Dios, lo que recibimos de las personas que nos rodean, lo que nos llega y nos enriquece de tantos modos. Discernir es, en primer lugar, saber reconocer y acoger el don cotidiano. El hecho mismo de percibir la vida como don nos hace fuertes y nos

hace capaces de situar adecuadamente las contrariedades de la vida.

b) Una actitud de atención, de vivir con los ojos bien abiertos, los oídos receptivos, el corazón sensible... Para así darnos cuenta de la verdadera dimensión y naturaleza de las cosas, de la verdad de las personas más allá de apariencias y estereotipos. Para captar la callada y humilde presencia de Dios en lo opaco de este mundo. Esa profundidad de mirada que da el discernimiento proporciona sensatez y madurez a la hora de calibrar, criterios propios y libertad para sostenerlos, y perspectiva al juzgar.

c) Una actitud de reflexión sobre nuestro mundo interior, de análisis de todo aquello que se mueve por dentro de nosotros mismos, que es mucho... Con esa actitud y su ejercicio nos hacemos capaces de captar y darles cancha a nuestros mejores impulsos, y también de ser conscientes y calibrar nuestras resistencias, su naturaleza y su fuerza. Esa escucha de nuestro interior nos hace caer en la cuenta de las sutiles y tantas veces invisibles trampas que nos generan nuestros afectos desordenados y nuestras dependencias afectivas. Y esa atención a nuestro interior nos estimula a la generosidad al hacernos captar aquello que nos hace verdaderamente felices, desmintiendo así tantas propuestas engañosas que nos seducen con su apariencia.

d) Una actitud de apertura y disponibilidad para dejarse decir y acompañar, porque si lo hacemos serán muchos los mensajes que nos llegarán, unos de manera intencionada y otros casuales

(pero no por ello menos válidos), y que nos permitirán ajustar la imagen sobre nosotros mismos y comprobar la verdad de lo que decimos ser y hacer. Esa actitud hay que sostenerla especialmente cuando no se nos halaga o se nos regala el oído y cuando se nos dice que quizá nos vamos metiendo por caminos o dinámicas equivocadas. Seamos conscientes de que si no nos dejamos acompañar en la vida ordinaria, tampoco nos dejaremos acompañar en la dificultad.

e) Una actitud de servicio en renovación permanente. El discernimiento es para el servicio y toma su sentido en el servicio. Y éste necesita del discernimiento para ser tal: para no acabar siendo rutina o acomodación. Entre el agradecimiento que nos dispone y el servicio que pone por obra, lo que hay por medio, el itinerario del discernimiento, es una ayuda, una mediación imprescindible, para que nuestro servicio sea el más adecuado, el más necesario, el más generoso, el más desinteresado. Desprovisto de su orientación final al servicio el discernimiento es un ejercicio vacío, cuando no narcisista. El deseo auténtico y generoso de servicio es lo que, tantas veces, nos hace lúcidos, fuertes y capaces de vencer la dificultad.

Llegamos ya al final de esta parte de nuestra reflexión: vencer la dificultad. Y nos hemos encontrado con dos armas poderosas que nos permiten no sólo resistir a ella, sino vencerla: la abnegación y el deseo de servir. A la abnegación nos conduce una experiencia espiritual que se expone y se deja contrastar, interpelar y madurar por las “probaciones” de la vida. A la radicalidad en el deseo

de servir llegamos por un talante de discernimiento que, partiendo del reconocimiento y la acogida del don de Dios,

se pregunta siempre y cada día ¿cómo puedo amar más? ¿cómo puedo servir mejor?



## 4. LA DIFICULTAD COMO EXPERIENCIA DE «COMUNIÓN»

---

Resistir en la dificultad, vencer la dificultad... Hay aún un paso más posible que nos es dado por la gracia de Dios: vivir la dificultad como experiencia de comunión.

Comienzo esta parte final de nuestra reflexión con un breve comentario sobre algunos textos ignacianos.

El primer texto corresponde a la Autobiografía de san Ignacio y sucede al regreso de su peregrinación a Jerusalén, donde ha de caminar por los territorios europeos en los que se desarrollan guerras y disputas entre Francia y España:

«Mas cuando fue a puesta de sol, llegó a un pueblo cercado, y los guardias le cogieron luego, pensando que fuese espía; y metiéndole en una casilla junto a la puerta, le empezaron a examinar, como se suele hacer cuando hay sospecha; y respondiendo a todas las preguntas que no sa-

bía nada. Y le desnudaron, y hasta los zapatos le escudriñaron, y todas las partes del cuerpo, para ver si llevaba alguna letra. Y no pudiendo saber nada por ninguna vía, trabaron dél para que viniese al capitán; que él le haría decir. Y diciendo él que le llevasen cubierto con su ropilla, no quisieron dársela, y lleváronle así con los zaragüelles y jubón arriba dichos.

En esta idea tuvo el peregrino como una representación de cuando llevaban a Cristo, aunque no fue visión como las otras. Y fue llevado por tres grandes calles; y él iba sin ninguna tristeza, antes con alegría y contentamiento...»<sup>23</sup>

El segundo texto pertenece a la carta que hemos comentado anteriormente que escribió el secretario de san Ignacio, el P. Polanco a los jesuitas del colegio de Padua que estaban pasando por una situación de pobreza severa<sup>24</sup>:

«Bien que a personas que recuerdan el estado que han abrazado, y tienen delante de los ojos a Jesucristo desnudo en cruz, no es necesario exhortar a paciencia...

Llamo gracia a la pobreza, porque es un don de Dios especial, como dice la Escritura: “Pobreza y riqueza de Dios proceden” (Ecclo. 11,14), y siendo tan amada de Dios cuanto lo muestra su Unigénito, que “dejando el trono real” (Sab. 18,15), quiso nacer en pobreza y crecer con ella. Y no sólo la amó en vida padeciendo hambre, sed y no teniendo “donde reclinar la cabeza” (Mt. 8,2), mas también en la muerte, queriendo ser despojado de sus vestiduras, y que todas sus cosas, hasta el agua en la sed, le faltase.»

El tercer texto es una de las peticiones del libro de los Ejercicios, petición que se propone para que el ejercitante haga cuando contempla la pasión de Jesús:

«Demandar lo que quiero: lo cual es propio de demandar en la pasión: dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí.» [EE 203]

En los dos primeros textos se nos dice que una dificultad sobrevenida y ajena a la voluntad del que la padece (el

prendimiento, el ser sometido a escarnio o la pobreza) puede ser sobrellevada con paciencia, e incluso con alegría, cuando se mira a Cristo, cuando se vive como forma de cercanía y solidaridad con Él. En el tercero se va más allá: se desea y se pide la dificultad como correspondencia al amor, como forma de respuesta a alguien que experimentamos que nos ha amado con todas sus consecuencias.

#### **4.1. La dificultad, experiencia de comunión**

¿Estamos ante formas de vivir la dificultad inhumanas, enfermizas o incluso dignas de rechazo por ser perversas?

Para contestar a esa pregunta basta con mirar nuestra propia experiencia humana. ¡Cuántas veces hemos aguantado o soportado la penalidad por permanecer junto a una persona querida que estaba sufriendo! ¿Y eso nos ha parecido inhumano o indigno? No. Lo inhumano nos parece, por el contrario, el abandonar. Hemos permanecido, aún conscientes de que quizá nuestra presencia no “servía para nada” materialmente. Como forma de manifestar el afecto, como forma de comunión en el dolor y en el amor. Porque sabemos que para la persona humana hay algo aún más duro que sufrir: sufrir solo.

¿Y no nos ha sucedido a veces que hemos pensado y dicho y pedido que algo del dolor de otro nos alcanzara a nosotros si ello servía para que la otra persona, a la que queremos de verdad, sufra algo menos? Normalmente es ésta una petición imposible, irrealizable. Pero nos parece que responde a un sentimien-

to noble, y de ninguna manera es un sentimiento reprochable o enfermizo.

La dificultad puede ser experiencia de comunión cuando está el amor de por medio. No se busca ni se pide la dificultad por ella misma, sino que el deseo de unión en el amor, el deseo de comunión con la otra persona es tan fuerte que está dispuesto incluso a cargar con el dolor, por agudo o insufrible que nos parezca. Porque el amor es un sentimiento más fuerte que el rechazo a la dificultad, que también es un sentimiento muy intenso.

¡Cuántas veces hemos expresado nuestra admiración por personas que saben afrontar todas las consecuencias, incluso las más dolorosas, de su solidaridad humana con los más pobres, con los excluidos! A veces de una forma imprevista o no querida; otras veces de una forma plenamente consciente y asumida.<sup>25</sup> La comunión en la dificultad y en el dolor es muchas veces una de las formas necesarias y nobles de la solidaridad humana.

Hay un paso más en Ignacio: es el paso del que quiere experimentar las dificultades mismas de quien le amó y a quien ama para alcanzar así la máxima identificación, la máxima comunión con él. Es “ir a todas” con aquel al que se ama, es ir con él “al fin del mundo”. Dicho deseo de comunión se expresa muy intensamente en aquella petición de los Ejercicios con la que Ignacio responde a la llamada amorosa y misericordiosa de Jesús:

«Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación, con vuestro favor y ayuda, delante de vuestra infinita

bondad, y delante vuestra Madre gloriosa, y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y recibir en tal vida y estado.» [EE 98]

## 4.2. Voluntarismo ignaciano

Con este texto delante, es ahora el momento y el contexto de responder a aquella pregunta que nos hacíamos casi al comienzo de este trabajo sobre el «voluntarismo» ignaciano, sobre qué es y qué no es voluntarismo, sobre cuándo podemos hablar de él y cuándo no.

Hay en este texto una frase que sueña a voluntarismo puro y duro: «yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada». Y, efectivamente, lo sería si esta frase estuviera sola, tal cual, desprovista de matices. Sin embargo, hay tres matices muy importantes en el texto que rompen la dinámica de un posible voluntarismo:

«Con vuestro favor y ayuda.»

«Sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza.»

«Queriéndome vuestra santísima voluntad elegir y recibir en tal vida y estado.»

La «determinación deliberada» está condicionada a la conciencia de saber que aquello que se desea es voluntad de Dios, orientada al servicio y se recono-

ce que sólo es posible llevarla a cabo «con el favor y ayuda» de Dios. Es una “determinación” contextualizada en amor y servicio humilde. El deseo que se expresa es tan grande como necesitado. Conviven, en una de las “tensiones” más características de la espiritualidad ignaciana, la magnanimidad y la humildad.

El voluntarismo, en el sentido rechazable del término, es una fuerte determinación de la voluntad ligada a autocentramiento y narcisismo. Hablamos de él cuando mi deseo y determinación son desde mí y para mí, desde mí y por mí. Es voluntarismo cuando se olvida que la debilidad humana necesita que sus deseos, incluso los más nobles, sean “ayudados”. Cuando mi “determinación” se convierte en autoafirmación desde la ignorancia, el desprecio o el menosprecio de los demás.

Sin embargo, cuando la voluntad humana se pone con determinación al

servicio de Dios y de los demás, cuando esa determinación está abierta a ser reconducida por el discernimiento, cuando convive con la acción de gracias y la petición, eso no es voluntarismo, sino el noble deseo de ir hasta el final en mis compromisos de amor y de servicio.

La espiritualidad ignaciana nos invita también, de este modo, a vivir nuestra dificultad mirando al Señor que por nosotros se dio «hasta el extremo» sin medir consecuencias y sin regatear sufrimiento. Y nos invita, asimismo, a vivir nuestra dificultad como forma de comunión y solidaridad con tantos hermanos y hermanas nuestros que, por tantos motivos, y por tantas injusticias, sufren mucho más que nosotros. La dificultad nos abre entonces a la comunión y en la experiencia de comunión encontramos la gracia más honda de Dios para vivir evangélicamente la dificultad.

Proponemos a continuación una serie de cuestiones que pueden ayudar al trabajo personal y al compartir en grupo sobre la temática que plantea este cuaderno. Seguimos el orden del mismo.

### **Reconocer la dificultad**

- Los cristianos, como personas humanas, compartimos las dificultades inherentes a la vida humana. Pero, más allá de eso, ¿piensas que hay dificultades «añadidas» por nuestra condición de creyentes? ¿Cuáles?

### **Resistir a la dificultad**

- En la página 10 se enumeran una serie de formas inadecuadas de afrontar la dificultad... ¿Te reconoces en alguna de ellas? ¿Piensas que alguna de ellas es más propia de nuestro tiempo? ¿Puedes poner ejemplos concretos de tu vida personal o en la vida social de estos modos inadecuados?
- En las páginas 10 a 14 se formulan una serie de elementos «positivos» que podemos extraer de las dificultades... Desde tu propia experiencia personal, ¿cuáles de ellos valorarías más? ¿por qué?
- En este capítulo se habla del «valor de las preguntas en la vida». ¿Qué te sugiere lo que aparece en la página 13 sobre el papel de las preguntas en la vida de san Ignacio y en el proceso de nacimiento de la Compañía?
- Puede resultar muy sugerente comentar y compartir sobre los textos de Benedicto XVI que aparecen en la página 14.
- ¿Tienes personalmente la capacidad de «convivir» con preguntas sin respuesta? ¿Qué importancia le das a ello?
- Leído todo este segundo capítulo, ¿qué sugerencias más interesantes te ha aportado para tu propia vida cotidiana?

## Vencer la dificultad

- ¿Cómo definirías una experiencia espiritual «madura» e «integradora»? ¿qué características piensas que la configuran?
- ¿Cuál es tu opinión sobre las seis «experiencias» ignacianas para ayudar a generar esa experiencia espiritual madura? ¿Cómo las formularías hoy. En nuestro momento y contexto? ¿Añadirías alguna?
- Comenta esta afirmación que encontrarás en la página 20: «El más fuerte en situación de debilidad es el más vacío de sí mismo». ¿La compartes? ¿La matizas? ¿Por qué?
- En este capítulo, aunque de manera muy somera, se habla del discernimiento como dinámica de vida, como actitud, –mucho más, pues, que como actividad puntual– y se enumeran algunos de sus componentes. Repásalos, señala cuáles te parecen más importantes y si echas a faltar alguno.
- En las páginas 21 y 22 se insiste en la vinculación entre discernimiento y servicio. ¿Qué piensas de lo que se dice sobre ello? ¿Lo compartes?

## La dificultad como experiencia de «comunidad»

- Desde tu propia experiencia vital, a la que el texto alude básicamente, ¿compartes las afirmaciones que se hacen en este capítulo? ¿Las matizarías o completarías? ¿Cómo?
- El apartado 4.2. de este capítulo hace una reflexión sobre el «voluntarismo», lo que es y no es: ¿cuál es tu opinión sobre ello?

Finalmente, del conjunto del cuaderno, ¿qué es lo que más te puede ayudar a afrontar las dificultades concretas de tu vida cotidiana?

1. Se puede considerar al respecto una sencilla y reciente biografía escrita por José Antonio FERRER BENIMELI, SJ., *José Pignatelli (1737-1811). La cara humana de un santo*, Bilbao, Mensajero, 2011, 118 pp. Así como la carta que el P. Adolfo Nicolás, General de la Compañía, escribió a todos los jesuitas el 15 de noviembre de 2011.
2. El diccionario de sinónimos señala como sinónimos de ‘avezarse’: habituarse, acostumbrarse, hacerse a...
3. FERRER BENIMELI, *José Pignatelli...*, op. cit. p. 30.
4. Ejercicios, 6.
5. Los colegios de la Compañía en la época de san Ignacio dependían de los ingresos que les aseguraban sus “fundadores”. Por ello, cuando dichos ingresos no eran los esperados o el fundador no cumplía con sus promesas, se podían producir, como fue el caso del colegio de Padua, situaciones de penuria y pobreza.
6. «Carta a los Padres y Hermanos de Padua», Roma, 7 de agosto de 1547, en san Ignacio DE LOYOLA, *Obras completas*, Madrid, BAC, 1991 (5ª ed.), p. 821.
7. Peter HANS KOLVENBACH, «El P. Pedro Arrupe, profeta de la renovación conciliar»: conferencia en Bilbao el 13 de noviembre de 2007.
8. «Su pasión, voluntariamente aceptada», decimos en la plegaria eucarística refiriéndonos a Jesús.
9. *Autobiografía*, 97.
10. *Autobiografía*, 96
11. En la «Fórmula del Instituto», documento fundante de la Compañía de Jesús, los primeros jesuitas hacen una descripción de lo que en aquella época se consideran lugares hostiles o difíciles: «... los turcos, o cualesquiera otros infieles... aquellas partes que llamen Indias... otras tierras de herejes, cismáticos...». Ver en *Obras de San Ignacio*, op. cit., p. 457.
12. *Autobiografía*, 1.
13. En su libro *David, pecador y creyente*, el cardenal Martini propone una lectura del relato bíblico de David y Goliat (1Sa 17) en esa clave: como parábola sobre el miedo, que es vencido por la confianza que el joven David tiene en el Señor. Es una lectura muy atractiva y sugerente.
14. Nos conectamos aquí con el concepto de «resiliencia». No me resisto a citar y recomendar dos libros escritos en esa clave: el de Luis ROJAS MARCOS, *Superar la adversidad. El poder de la resiliencia*, Barcelona, Espasa Calpe, 2010 y el de Francesc TORRALBA, *Inteligencia Espiritual*, Barcelona, Plataforma Editorial, 2010.
15. En mi libro *Espiritualidad para educadores*, Bilbao, Mensajero, 2010, los comento más extensamente aplicándolos al mundo de la educación, pp. 55-58.
16. Y que es más, mucho más, que un “examen de conciencia” tantas veces rutinario o formal, centrado más en el «yo» que en Dios, y que se acaba abandonando porque llega a ser una experiencia cotidiana de frustración, en vez de ser una acogida amorosa del cariño de Dios en mi vida cotidiana y un movimiento de respuesta, también amorosa, a Dios.
17. *Autobiografía*, 50
18. BENEDICTO XVI, *Dios es amor*, nº 38.
19. Números 64 a 70 de las Constituciones de la Compañía de Jesús.
20. Esta atención a lo cotidiano es muy propia de san Ignacio. Por poner sólo un ejemplo: cuando en los Ejercicios le pide al ejercitante que medite en su propio pecado le hace considerar «el lugar y la casa donde he habitado», «la conversación que he tenido con otros», «el oficio en que he vivido» [EE 56].
21. «Instrucción a los padres enviados a Trento», Roma, a principios de 1546. *Obras de san Ignacio de Loyola*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1991 (5ª), pp. 785-786.
22. Por desgracia, uno encuentra con demasiada frecuencia personas que acaban sus procesos de formación sacerdotal o religiosa y siguen

siendo personas muy inmaduras cuando entran ya en la vida “activa”. Una formación teórica sin “probación” no genera una espiritualidad madura. Y menos aún si esa espiritualidad se ha cultivado en ambientes o contextos artificialmente “protegidos”.

23. *Autobiografía*, 51 y 52.

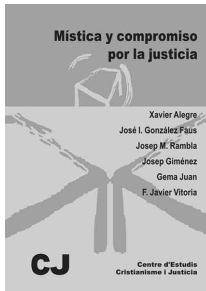
24. Ver nota 6, p. 818.

25. La excelente película *De dioses y hombres* (2010), de Xavier Beauvois nos narra el proceso por el que una comunidad de monjes cistercienses franceses decide asumir las consecuencias de su solidaridad con la población argelina con la que conviven, a pesar de que lo podían haber evitado, de que son invitados e incluso presionados para marcharse y escapar.



# LIBROS -SERIE ESTUDIOS-

[www.cristianismeijusticia.net/es/libros](http://www.cristianismeijusticia.net/es/libros)

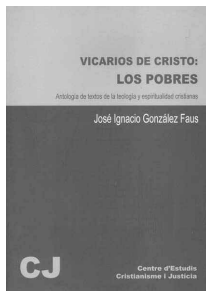


## Mística y compromiso por la justicia

Este libro pretende dar un toque de atención a la mística para que no caiga en la tentación de olvidarse de los pobres. Y es que la espiritualidad cristiana es, sobre todo, una búsqueda apasionada de la justicia.

**Autores:** Xavier Alegre, José I. González Faus, Josep M. Rambla, Josep Giménez, Gema Juan, F. Javier Vitoria

**Precio:** 15€ (gastos de envío incluidos)



## Vicarios de Cristo: los pobres

Reimpresión de este libro de José Ignacio González Faus. Completa antología de textos sobre los pobres como lugar central de la teología y la espiritualidad cristianas.

**Autor:** José Ignacio González Faus

**Precio:** 12€ (gastos de envío incluidos)



## ¿Qué creo? ¿Cómo creo? ¿Por qué creo?

Testimonios de fe en una sociedad secularizada. Un libro que quiere dejar constancia que creer tiene aun sentido en medio de un mundo dominado por un nuevo paradigma tecnológico y científico, donde parece haber lugar para la fe.

**Autores:** Ferran Manresa, Pim Queralt, Jaume Flaquer, Tere Iribarren, Isidre Ferreté, F. Javier Vitoria

**Precio:** 12€ (gastos de envío incluidos)

## Puedes comprar los libros:

- Rellenando el formulario de nuestra página web:  
**[www.cristianismeijusticia.net/es/libros](http://www.cristianismeijusticia.net/es/libros)**
- Enviando tus datos por email a: **[info@fespinal.com](mailto:info@fespinal.com)**
- Por teléfono, en horario de secretaría, **93 317 23 38**
- Rellenando este impreso y enviándolo a nuestra dirección

Nombre y apellidos: .....

.....

Dirección: .....

.....

Población: .....

Código postal: ..... Teléfono: .....

Correo electrónico: .....

Título/s: .....

.....

.....



**CRISTIANISME I JUSTÍCIA, Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona**  
Tel. 933172338 - [info@fespinal.com](mailto:info@fespinal.com) [www.cristianismeijusticia.net](http://www.cristianismeijusticia.net)

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos serán registrados en un fichero de nombre BDGACIJ titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Los datos se utilizarán para la gestión de su solicitud y para enviarle información de nuestra Fundación. Puede ejercer los derechos de acceso, rectificación, cancelación i oposición dirigiéndose por escrito a la c/ Roger de Llúria 13, de Barcelona.



*«Ayudar», con este verbo, Ignacio de Loyola expresó modestamente su gran deseo de hacer el bien a los otros.*

*Bajo este lema de servicio y sencillez, la Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES) ofrece esta serie de materiales ignacianos.*

## **Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES) Colección «Ayudar»**

56. V. CODINA. "Dos banderas" como lugar teológico - 57. K. RAHNER. En el corazón de la espiritualidad ignaciana - 58. E. LÓPEZ. El imaginario de Ignacio de Loyola - 59. A. BUENO. En la prisión de la imagen - 60. O. TUÑÍ. Ocho días con Jesús - 61. J. M. RAMBLA. No anticiparse al espíritu - 62. V. CODINA. Una presencia silenciosa - 63. J. M. RAMBLA - SEMINARIO DE EJERCICIOS (EIDES). Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Una relectura del texto (2) - 64. J. BAQUER. Acompañar, servicio de Iglesia (1) - 65. T. GUARDANS. Cristina Kaufmann, a la búsqueda de lo esencial - 66. J. BAQUER. Acompañar, servicio de Iglesia (2) - 67. D. MOLLÁ. La espiritualidad ignaciana como ayuda ante la dificultad

Los títulos de esta colección se pueden descargar de internet a: [www.cristianismeijusticia.net/eides](http://www.cristianismeijusticia.net/eides)

La Fundació Lluís Espinal envia gratuitamente los cuadernos EIDES a quien los solicita. Si usted desea recibirlos, pídalos a Cristianisme i Justícia.

### **Cristianisme i Justícia**

c/ Roger de Llúria 13, 08010 Barcelona  
Tel: 93 317 23 38 • Fax: 93 317 10 94  
[info@fespinal.com](mailto:info@fespinal.com) • [www.cristianismeijusticia.net](http://www.cristianismeijusticia.net)



cristianismeijusticia



cijusticia



fespinal89

**www.cristianismeijusticia.net/eides**